



**Italo López  
Vallecillos**

Nació en San Salvador el 15 de noviembre de 1932.  
Tiene inédito el libro de cuentos: **Los laberintos ilesos**.

Es autor de numerosas obras de poesía, teatro y ensayo histórico. Ha obtenido varios premios en certámenes literarios de Centro América; entre ellos, el Premio Nacional de Historia de El Salvador, con la obra Gerardo Barrios y su Tiempo en 1965.

En la actualidad dirige la Revista La Universidad y la Editorial Universitaria de El Salvador.

## EVASION

*A Carlos Cañas.*

Ese día descubrí que yo no era Williams. Indudablemente suplantaba al verdadero. No sé desde cuándo ni cómo había vivido todos esos años con una personalidad que no me pertenecía. El hecho lo advertí al salir de la ducha y tomar una toalla de manchas de diversos colores. Fue una rara asociación de ideas, de sensaciones. ("Este es un Kokoshka del año 29", señaló Katia. Era la primera vez que íbamos a la Galería Nacional de Washington. Vestía la primavera y de toda la belleza aprisionada, capturada en los amplios salones, ella tenía el rostro más incierto. Ni los Botticelli, ni los Rubens, ni los Rafael, podían competir con su risa, su ternura y su color. Hecha de la materia de lo imposible, su cuerpo envolvía el aire y lo transformaba. "Me gusta el abstracto", dije, "pero amo más las "impresiones", lo que parece que va a desvanecerse y no obstante está allí, gracias a la luz". Nos amábamos desde íbamos a varios meses. Íbamos a casarnos. Yo trabajaba en la American Motors Co. Katia sabía que la descaba. Lo advertía en mis ojos, donde moría la luz para dar paso a su imagen. La visita a la Galería tenía su significado. Era el encuentro con otra época, con otro tiempo feliz. Mira, advirtió, esta es la Catedral de Ruan de Renoir y, tras las formas imprecisas, me perdí por largo instante). ¿Quién soy en realidad? me pregunté en voz baja que sólo yo mismo oí. En el dormitorio y sobre el chifonier estaba el retrato de mi esposa, es decir, el retrato de la esposa del legítimo Williams. Es curioso, raro. Tengo todos los papeles de él: carnet de identidad, tarjeta de circulación del vehículo, licencia de manejar, Carnet de Club de Equitación y Polo; certificado del Seguro Médico. Sus trajes me quedan perfectamente bien. Soy como un cuerpo extraño llenando un espacio, una realidad que no me pertenece. ¿De dónde vengo? ¿Qué hago aquí? Una serie de preguntas sin respuesta. La montaña de justificaciones idiotas. La angustia de ser otro comenzó a ahogarme. Esa mañana, Karen estaba enferma. Y mis dos hijos, Tom y Joan, se habían ido a servir a los cuerpos de paz en Suramérica. Así, que, en verdad, me encontraba solo. Reflexioné sobre el terrible descubrimiento de mi nueva identidad. ¿Nueva? ¿Acaso había otras? Pensé hablar con Karen y decírselo todo. Pero, ¿qué era todo? No recordaba nada o casi nada de mi vida anterior. Amnesia quizá. Me despedí de mi mujer. Marché al trabajo. Hablé con los amigos como de costumbre. Hice el **lunch** en el restaurante de siempre y como era martes, aproveché para hablar de negocios. Todo fue normal hasta las siete de la noche en que, sentado en el jardín de casa, advertí el amarillo de los crisantemos. Era un amarillo intenso, increíblemente amarillo. ("Yo he visto el campo de trigo de Sisley señaló Katia, como para apartarme de la bella reproducción de La Plaza de San Marcos de Renoir. "No eres campesino y tal vez por ello no puedas entender. Yo nací en una granja de Minnesota, un poco al sur de Bluetown. Sisley pintó ese cuadro en 1873. Lo vi en Hamburgo al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Es fabuloso". Seguimos caminando. Vimos y comentamos casi toda la época impresionista francesa. "Quiero decirte algo", murmuró ella, en tanto salíamos a la calle. "Estás un poco retraído. Como si no estuvieses aquí". "No, al contrario", contesté "hoy más que nunca estoy aquí". Dije

esas últimas palabras con una durísima inseguridad. Divagué al mirar un Rousseau. Katia y los cerezos, pensé. ¡Qué dulce título para un poema! Lo escribiré esta tarde. Anduvimos por el Potomac. Contemplamos el río. Hablamos de tía Florence y su aficción a los pájaros desecados, del abuelo Sam y su viejo Ford que, como él, ha pasado de moda. Reímos. Katia me habló de arreglar el contrato con la compañía de apartamentos. “Lo haré mañana”, dije. Nos despedimos. Katia se perdió en el azul de la noche).

Sus pantuflas, señor. La vieja criada Eve me las entregó, en ausencia de Karen que seguía peor. Cené y procuré fingir lo mejor posible que yo era el verdadero Williams que vivía en 3678 Bethesda Av. de Plymouth North. Busqué en la pequeña biblioteca algunos libros para saber qué es lo que leía Williams. Decepción horrible. Era perito mercantil. Corredor de comercio. Así que con un poco de disgusto comencé a hojear libros sobre contabilidad, legislación bancaria, retaceos, impuestos. Nada de literatura. Nada de arte. Qué pena. Por la carta mensual de la Caja de Ahorros, me enteré que tenía 9 mil dólares, más intereses hasta el 18 de junio.

Mi vida, entre el ser y el no ser que me creían, funcionó bien sólo unas semanas. “Algo le pasa a Mr. Williams”, decían las secretarias de la oficina. “Llega tarde. Se ha descuidado de su presentación personal”. Alguien sugirió: “bebe por las noches”. Me llamó el jefe Mr. Benson: “Oiga Williams, somos amigos desde la infancia. Noto que usted está enfermo. Comprendo lo de Karen. Pero no debe tomarlo de esa manera. Ella tenía que morir algún día. Compréndalo. Tómese unas vacaciones”. Así lo hice. Me sentía culpable, no obstante, por lo de Karen. No haberle dicho la verdad antes de su muerte, era imperdonable. Y la pobre tan dulce, tan buena. Doméstica, es cierto, pero así era ella y había que aceptarla tal cual era. “No tienes valor para hacerle frente a la vida”, recuerdo la amonestación como si fuese ayer, “te dejas llevar por los demás. Así nunca llegarás a ser alguien, verdaderamente alguien”. El recuerdo de Karen se confundía con el de Katia: (Somos felices, dijo Katia. La casa es pequeña, pero es la nuestra. Aquí puedes escribir y pintar. Oír a Vivaldi, a Bach, a Beethoven. Mira este cuadro. No te rías, es una reproducción barata, pero es de Klee. Se pierde uno en la acuarela. Se ven más cosas de las que el pintor quiso poner. Abstráete, mi amor. Es bueno evadirse un instante. Escapar hacia realidades desconocidas. Sólo tienes que mirar un punto, una línea, un color, una mancha cualquiera y el milagro se realiza. Así es Klee). Mis hijos, aclaro, los hijos de Williams habían regresado de su trabajo de servicio social. Todo volvióse un infierno. El ye ye quebró las últimas notas de silencio. Tom no iba al colegio. Andaba con los muchachos en el barrio negro, provocando camorra. “Ya te dije, rezongó, no es por odio racial ni por ninguna de esas tonterías políticas que los busco. Es por simple violencia. Me arde la sangre cuando los veo. Es todo”. Joan no me hacía caso tampoco. Se pasaba el día entero oyendo a los beatles. Estaba al borde de la desesperación. Si Karen viviera, todo sería distinto. Hasta los crisantemos se habían marchitado. Debo imponerme. Salvar al verdadero Williams que hay en mí. Me compré unas flores. Las puse en la sala. Eran rojas, rojas... (“Degas es fabuloso. ¿Conoces El Peinado, ese cuadro que hoy vale una suma fantástica? No, qué lástima. Un día iremos a Londres y lo verás. Tenemos tanto que hacer en la vida. ¿Me escuchas? “Sí, te-escucho-claramente-tenemos-tanto-que-

hacer-en-la-vida”). Tomé el auto y me escapé por las calles. Tom y Joan no querían saber nada de mí. No les importaría mi ausencia. Y Katia, sin duda, me esperaba en alguna parte. (Katia sonreía. París, en Otoño, es todo un cuadro, una música. Algo más que una hoja. El fotógrafo ambulante nos dio el retrato. “Tonto, dijo ella, has quedado serio, solemne”). La tomé del brazo. El boulevard tenía casas grises, altas. Bebimos unas cervezas. Caminamos a pie, en silencio, oyendo los pequeños ruidos de la madrugada. “He pensado, sobre el futuro”, dijo Katia, y me asusta. Temo nos separe, nos cambie; destruya nuestra inocencia”. Ocorre, dijo. “Ocorre siempre”. Es lo último que recuerdo. Todo es vago. Se diluye en el tiempo, en algo denso e impenetrable). En esos días todo era así oscuro. Un mar de ideas se agitaba dentro de mí. Viajaba mucho en automóvil, sin rumbo. Me abstraía. Esa mañana el cielo estaba gris y no vi el semáforo. Pasé el rojo sin advertirlo. Y un camión embistió mi auto. No recuerdo más. Excepto la enorme mancha que, de súbito, lo cubrió todo de negro.

## LA REBELION DE LAS MAQUINAS

—Hay que consultar a la Gran Máquina, dijo Vodia.

—Sí, hay que preguntarle qué pasa ahora. Y debes ir tú, Vodia, pues sólo en ti confía.

Vodia salió de la sala de conferencias. Caminó hacia el Gran Laboratorio. Y allí en el fondo, como en las antiguas iglesias del siglo XVII, estaba la fabulosa máquina electrónica. Toda ella encendida. Pequeñas pantallas rectangulares registraban los fenómenos del mundo. Calculadoras de gran precisión arrojaban datos fantásticos. Los científicos la cuidaban día y noche. Parecían los obispos de la desaparecida religión.

La máquina-madre, así llamada por ser la ordenadora de todos los aparatos nucleares y electrónicos, sabía todo. Conocía los misterios de la tierra y del resto de planetas. Adivinaba el pensamiento. Daba respuesta a todos los enigmas. Química, física, matemáticas, biología, filosofía, astrofísica; la sabiduría suma estaba en sus ojos, en sus manecillas, en sus palancas delicadas. Bastaba acercarse a ella. Hablarle en el lenguaje propio de la clave secreta. Y la gran máquina dejaba oír su voz descubridora.

No obstante, de un tiempo acá, la máquina no obedecía la voz de los científicos que la habían inventado. Se resistía a hablar. Negaba los datos tan necesarios para la vida de las comunidades. El sistema, a base de aparatos mecánicos, se veía en graves dificultades. Los robots se negaban a trabajar, a desempeñar

las funciones manuales. Sin ellos todo estaba paralizado: el transporte, las oficinas, las fábricas, las granjas, los restaurantes, los servicios públicos. Los robots sólo atendían la orden de la gran máquina y ésta, por ignoradas razones, se negaba a obedecer la clave que, por cientos de años, servía de eje y pauta a la actividad del mundo.

El hombre que había hallado la felicidad, pues no existían explotados ni explotadores, se sintió alarmado ante la actitud de la Gran Máquina. “Es absurdo”, comentaban algunos. Otros decían: “Que le ajusten las placas de la memoria, que le revisen los circuitos, vigilen la llave maestra, la llave maestra.” Todo inútil. Las máquinas se habían rebelado. Los robots, por el contrario, no hacían los trabajos cotidianos y exigían a los hombres el mantenimiento de sus complicadas cajas de actividad. La Gran Máquina permanecía impassible, hierática. Una orden suya y todo volvería al ritmo de la supercivilización; los equipos mecánicos y los robots desempeñarían sus tareas. Ahora, inexplicablemente, los radios, los televisores, las cocinas eléctricas, los ventiladores, los generadores, las grandes centrales nucleares, todo estaba paralizado.

Vodia, el mejor de los científicos, se acercó a la Gran Máquina. Examinó en detalle el complicado engranaje. Revisó una a una las enormes bobinas, los alimentadores nucleares, la gigantesca compuerta de energía, y comprobó el perfecto estado del genial y único aparato. Agotado, se fue a un pizarrón y comenzó a hacer números. Fórmulas, ecuaciones complicadas y difíciles operaciones. En vano. Por un designio fuera del conocimiento humano, la Gran Máquina no quería accionar. Vodia, entonces, le habló en todos los tonos. Le suplicó en nombre de la humanidad que siguiera operando. Confesó su incapacidad técnica, científica. Y rogó a la Gran Máquina diese orden a los robots, que sumaban cantidad mayor a la población humana, para que continuasen el trabajo diario. Así Vodia suplicó el funcionamiento inmediato de todos los aparatos mecánicos inmovilizados: jets, trenes, automóviles. Imploró porque la energía volviese a todos los rincones del mundo. Y la Gran Máquina no respondió.

Durante la semana de desperfecto, había que llamarle de algún modo, los hombres —seres inútiles y contemplativos— se hallaron a merced de los robots que les obligaban a cosas humillantes. Era como si la civilización cambiase su rumbo, se invirtiese el orden establecido. Los esclavos del trabajo, pasaron a ser los amos. Sin elementos para resistir, pues el hombre había perdido la noción de la realidad anterior y no sabía pelear, ni manejar siquiera un arma, utilizar un tractor, una escoba, tuvo que plegarse por completo al robot que el antepasado habían creado.

La Gran Máquina no hacía absolutamente nada para resolver el problema. Al cabo de unos días funcionó al revés de como se le había inventado. Ello favoreció a los robots, que, con tal ayuda, despojaron a los hombres de sus fastuosas residencias; les quitaron sus ropas, sus aparatos de gozo y placer. Ocuparon el sitio preferente en la nueva sociedad. El hombre, avergonzado, comenzó a hacer los trabajos más duros, y más sucios. Al principio con mucha dificultad, porque había olvidado por completo el uso de los músculos, de las manos y casi de la mente.

Vodia no podía ser la excepción. Desde ese momento trabajó en una granja. Luego en una tienda, donde el dueño, un robot grueso y campechano, le trató con afecto. Pasado algún tiempo, fue llamado para servir en el Gran Laboratorio. La máquina madre le había pedido como asistente. El Instituto de Ciencias donde se hallaba la gigantesca clave maestra, cambió mucho. El ambiente limpio de antes había desaparecido. Todo era ahora como un templo: flores, lámparas encendidas, Robots rezando junto a sus hijos. Oración y más oración en lo que fuera el más alto centro de la investigación y la ciencia humanas. Vodia no había conocido los viejos templos cristianos, sino por referencias de su abuelo, quien a su vez sabía de ellos por el abuelo que, de niño, había visto destruir la Catedral de Notre Dame. Sin embargo, Vodia se sintió sobrecogido en el nuevo ambiente. Un halo de misterio lo envolvía todo. Era para él, hombre ateo, algo terrible lo que estaba ocurriendo. Inexplicable. Un retorno al pasado y a la superstición.

Debido a la resistencia de los hombres, que se negaban a aceptar el vasallaje, los robots se organizaron. Contaban los robots con soldados y tribunales para juzgar a los rebeldes. Eran crueles, dogmáticos. Abjuraban de la vida anterior, pues el hombre jamás les reconoció ninguna capacidad. Esclavos ayer, y hoy dueños del mundo, los robots construyeron nuevos modos de vida. Una nueva filosofía desplazó la concepción del hombre conquistador de los elementos. A la tecnología, al desarrollo científico, se antepuso una mezcla de religión y de ciencia. Los robots trataban de reconstruir las pérdidas individualidades: querían amar y ser amados. Y como el trabajo siempre tiene que hacerlo alguien, conquistaron, sometieron al hombre a sus designios. Esto lo consideraban justo, después de describir los siglos de servidumbre, de esclavitud al servicio de la humanidad.

Sacerdotes-robots custodiaban la Gran Máquina. Y, Vodia, en medio de aquellos robots casi hombres del pasado, reflexionaba sobre el destino de los seres humanos que, tras conquistar la ciencia, eran ahora sirvientes de su propio entendimiento.

Dos meses después de trabajar en el Gran Laboratorio, Vodia halló la manera de vencer aquel humillante dominio de la máquina sobre el hombre. Noches enteras pasó estudiando la fórmula, la clave que inutilizaría por completo aquel cerebro mecánico que les tenía en sumisión. Por fin, una noche, mientras los robots-guardianes dormían, Vodia se llegó hasta la Gran Máquina e introdujo una extraña programación. Miles de cintas perforadas comenzaron a salir por la parte posterior del aparato. Y tras un pavoroso alarido, la Gran Máquina quedó inutilizada en violentos circuitos. Hubo expectación en los planetas. Los robots no se movieron más. Quedaron como estatuas.

Los hombres se sintieron, por un instante, libres. Pero luego vino el problema del trabajo, de la producción, de la miseria y la riqueza. Y comenzó la lucha por el sometimiento, la dominación de unos seres sobre otros.

## LOS SUEÑOS

*“El alma humana es una maravillosa esencia y el sueño constituye el punto central de todos sus secretos”* Diario de Hebbel — 6 de Agosto, 1838

Mi mujer está preocupada por la forma en que duermo últimamente. Anoche me despertó, mientras yo reía a carcajadas. “¿Qué te pasa? me dijo. Esta es la cuarta vez que sucede lo mismo” No es nada, contesté. Soñaba. Lo de siempre. Y me di vuelta en la cama. Al levantarme en la mañana no tenía ningún recuerdo. “Tienes que ir donde el psiquiatra, advirtió, pues no duermes suficiente y tienes toda clase de pesadillas”

Ciertamente. Desde hace varias semanas no tengo reposo. Las píldoras no me hacen efecto. Tias un breve instante en la cama, dormido, me encuentro en sitios extraordinarios. Vivo otras existencias. El lunes, por ejemplo, estuve en París. Iba de la mano de mi madre. Me llevaba al Jardín de Niños. Pasamos por los Campos Elíseos. Nos detuvimos donde Monsieur Bisset y después de un regateo de los intereses, mi madre le entregó mil francos. No sé por qué teníamos que dar esa suma al viejo Bisset. A las 8 de la mañana estábamos en el Colegio. La portera me llevó a un cuarto de juguetes donde había otros chiquillos. Me llamó la atención una niña a quien todos llamaban Collete. Me acerqué a ella y le pedí que saliésemos al jardín. Accedió. Afuera todo era azul: árboles, comedores, institutrices. Todo completamente azul. Reímos. Ella me llevó hacia el final del patio. Me pidió subiéramos la escalinata. Allí me besó. Yo había escuchado, sentido como mamá y papá se abrazaban en sus camas mientras dormía. Y por un raro instinto traté de hacer lo mismo con Collete. Le subí la ropa. Puse mi pene sobre sus calzoncitos. Ella me mordió las orejas. Hicimos el coito o creímos hacerlo, que sé yo. Regresamos donde estaban los demás chicos. Toda la mañana hicimos dibujos raros, muy parecidos los míos a los de Collete. La profesora nos llamó aparte. Nos llevó donde el psicólogo. Era éste un hombre delgado, de nariz puntiaguda y gruesos lentes de carey. Nos amonestó. Dijo que éramos unos obscenos. Retorné a casa llorando. Al despertar lloraba todavía.

El martes o el miércoles, no recuerdo exactamente, soñé que me hallaba en un parque, desnudo. Apenas si me cubría con un periódico. Todos pasaban sin hablarme. Tenía vergüenza. Mi padre me había mandado a hacer unos cobios a casa de los Blum, familia muy rica y cuya servidumbre, tan estirada, ni siquiera nos dirigía la palabra. No sé que pasó; el sueño se diluye en pedazos, en fragmentos, el roto espejo de la angustia. Los Blum no me recibieron. Regresé sin el dinero. Mi padre me echó la culpa. Escupió, como solía hacerlo, sobre el retrato del abuelo. Y furioso salió a la calle. Yo me quedé solo en un rincón de la casa. Y aunque me veía con ropas, estaba triste. “Mamá”, gritaba, “mamá”. La criada llegó y me dijo “su mamá está en el cielo”. Me abrazó con ternura. Creo que tenía once años. Por la mañana conté el sueño a mi mujer, quien no le dio importancia.

El jueves leí hasta entrada la madrugada. Un sueño pesado me dominó por completo. Me hallaba en una peluquería. De pronto, en lugar de la cara

del peluquero, vi el rostio de una mujer alta, vestida de negro. Tomó una cuchilla. La afiló en una cinta de cuero. Me agarró de la cabeza y me cortó el cuello. Grité. Mi mujer dormía profundamente y no se dio cuenta de la pesadilla.

Esa misma noche, a fin de tranquilizarme, tomé una pildora. El efecto fue peor. Vagaba por el barrio latino de New York. Las calles estaban repletas de muchachos y muchachas de largas cabelleras; sobre sus pechos colgaban medallones, cruces, estrellas, hoces, piedras raras. Vestían con pantalones ceñidos, de tal suerte que no podría definir con exactitud, el sexo que les correspondía. A ello debo agregar que algunos se habían colocado senos postizos. Yo me entretenía en mirar un show un tanto aburrido. Rock, dijo uno de los muchachos, aquí hay un tonto. Y sin que pudiese responder me tomaron del brazo. Me llevaron violentamente a un sótano. Sacaron una cuchilla. Me acunalaron. El más pequeño, con unos senos enormes, y una sonrisa macabra me dijo: *decí qué sos, ¿hombre o mujer?* Aquello me anonadó. ¡Soy hombre! grité ofendido. **Probálo. Probálo,** aullaron todos. **Vos zafáale los pantalones.** Desnudo, al fin, todos se rieron de mí. **Sos marica** gritaban, mientras yo trataba de anebatales la ropa. El sirenazo del auto de la policía los hizo huir. Me llevaron a la comisaría. Me interrogaron "Indocumentado", dijo el sargento mientras masticaba continuamente chiclé. "Llamen al Embajador de mi país. El dirá quién soy." Me dieron un café espeso, agrio. Dos días después me informaron que el Embajador andaba en una misión de la ONU. Habían hallado mi pasaporte y me pusieron libre. Fue una noche intranquila. Y por fin amaneció.

Mi mujer sigue preocupada por mis sueños. "Andá a ver al psicoanalista, lo necesitás." Anoche la cuestión se puso peor. Antes de acostarme pegué algunos recortes en mi álbum. Eran noticias publicadas en los periódicos que, para mis estudios históricos, tienen algún interés. En el sueño seguí pegando recortes, hasta que las páginas no me alcanzaron. Ello me dio una terrible angustia. *Cómo hacer, decía, para que estos datos no se pierdan.* Y comencé a pegarlos en las paredes, en los muebles, en el techo. Cuando ya no había espacio en la casa, salí y pegué cuanto pude en las calles. Eran interminables pegadas de papeles impresos. No pudiendo concluir el trabajo, ya bastante agotado, quise despertar. Sabía que era un sueño, una pesadilla. Y la única salida era volver a la realidad. Imposible. *Las tijeras, los periódicos, la cola me retenían,* y una fuerza extraordinaria me obligaba a continuar pegando recortes en cuanto sitio había disponible. No pude más.

Desde hace dos semanas estoy en una clínica de enfermos mentales. Mi mujer tenía razón. Debí consultar al médico antes de que los sueños me volvieran loco. Esto lo pienso en momentos de lucidez. Porque hay ratos en que no distingo entre el sueño y la realidad. Entre lo que es y lo que no es.

No siempre sueño cosas horribles. Hay también horas plácidas. IncurSIONES deliciosas por la infancia. Imágenes de hombres y mujeres agradables, seres buenos, comprensivos. Instantes de suprema alegría, de los que no quisiera despertar.